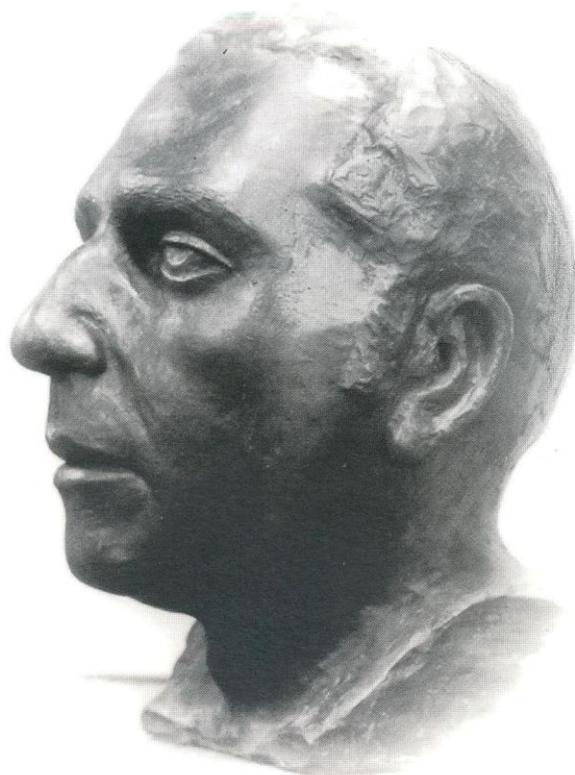


En memoria de Alfonso García Ramos



Mi hermano Alfonso, cuando sintió la marca inequívoca de la muerte, emprendió un camino, a través de la memoria, que plasmó en unas escasas páginas, un proyecto de libro que él tituló *Cuando la yerba era verde*, y que quedó inconcluso y sin corregir. Se trata de una serie de relatos autobiográficos sobre su niñez y su adolescencia, cargados de nostalgia y de tristeza.

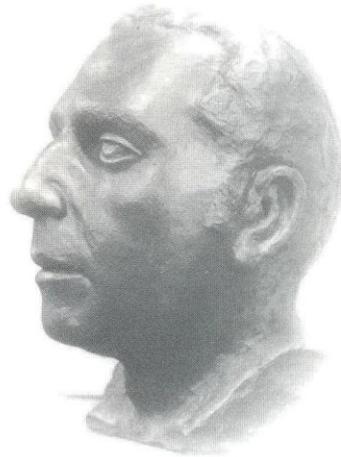
De estos relatos queremos rescatar dos fragmentos evocadores de las calles que cobraron importancia en su primer transcurrir vital, ahora que se cumple el 18 aniversario de su muerte. (De esa época también es un busto-retrato, que realicé en terracota y que acusa un rostro ya fatalmente agredido por la enfermedad). Este fue su breve y roto *adiós a la vida*. Sirva su difusión como homenaje, aun a sabiendas que lo más probable es que él mismo no lo hubiera dado a la luz.

Fernando



MI CALLE DE SANTA CRUZ

Cuando la yerba era verde, en mi vida, hasta crecía entre los intersticios de los adoquines de mi primera calle, la de la casa donde nací. Yerba de origen variopinto que lo mismo nacía del alpiste caído desde las jaulas de los canarios colgadas al buen sol que los tejemanajes de las palomas o de los trigos lentos del almacén de las semillas. Y es que mi calle fue una calle con sombra y poco tráfico sobre la que se podía jugar a cualquier hora del día. Las palomas, palomas azules por los rincones de Santa Cruz, en sus limpios cielos, en el trajín del muelle, picoteando en el suelo, en los palomares sin número de las azoteas. Y también las gaviotas, aún amigas de la capital y de su bahía, bandadas de plumas meciéndose suavemente sobre las olas, ensayando picados sobre la presa fácil; y cuando se desataba el temporal, solitarias y desgobernadas, volando inquietas entre los callejones con acongojados graznidos. Blanco y azul de aves, como el cielo y las impolutas nubecillas, como la bandera de la isla que ondea en los buques empavesados para el Carmen marino de julio.



Alfonso García-Ramos

MI CALLE LAGUNERA

Mi calle lagunera, la calle Anchieta, se empeñó en hacer honor a su antiguo nombre Del Jardín, justo donde su último tramo va a morir a las puertas mismas de la Vega. El paisaje urbano se hace allí de los más variopinto y dispar. Apenas pasada mi casa, la acera se escamotea para ser sustituida por unos parterres de rosales y arbustos de mediano tamaño. También las casas sufren una mutación que las deja convertidas en un muestrario arquitectónico vivo. Si arranca con casas burguesas de estilo ecléctico a base de mucha cornisa y ventanas con adornos modelados en cemento, pronto se corta su ofensiva para dejar espacio a unos casuchos campesinos de paredes abombadas, tejados que amenazan hundirse con el peso de los años y de los verodes que forman auténticas huertas sobre las tejas oscuras. Casas perdidas en un tiempo que ya no es el suyo, anacronías que malamente se mantienen en pie, hablándonos de la pobreza del pasado, dejando ver por las puertas pisos de tierra mal apisonados, arcones polvorientos, litografías de antiguos santos y los panes de San Antonio adornando cualquier repisa. Frente con frente a estas viviendas, levantaban sus tapias las grandes huertas traseras de las casonas del "Juego de los Bolos", en las que abrían portalones para la entrada de los autos a los garajes. Tapias blancas y ocre por las que desbordaban frondosas enredaderas y rosales. Mi calle estaba irregularmente empedrada formando al centro un arroyo por el que discurrían las copiosas lluvias invernales.